

DISCURSO

EN LA COLOCACION DE UNA LOSA CONMEMORATIVA DEL
CENTENARIO DE DANTE EN LA CASA DE LA ACADEMIA
COLOMBIANA DE LA LENGUA

Excelentísimos e Ilustrísimos señores; caballeros:

Entre aquella iglesia franciscana de la antiquísima ciudad de Ravena, donde por fin halló descanso el gran fugitivo de Florencia, y este palmo de tierra superandino donde ahora nos congregamos para rendir homenaje a su memoria, se interpone toda la anchura del océano, con muchas leguas de uno y otro continente: se interpone un mundo. Del día, igual a éste, en que pobre y acompañado de pocos, pero bien aparejado de consuelos, partió para el segundo, el viaje sin regreso, aquel gran viajero de la DIVINA COMEDIA, nos separan seiscientos años: toda una edad. Y DANTE ALIGHIERI está ahora aquí vivo en espíritu en medio de nosotros. Horas hay, como ésta, en que palpamos con sobrecojimiento, porque nos hiere con desacostumbrada fuerza, la vida inmortal del espíritu, y sentimos golpear en el corazón el oleaje de la eternidad. Hé aquí vencidos el tiempo y el espacio, esos que por todos lados estrechan, confunden y acongojan nuestra pequeñez: vencido el espacio, aquel que hace seis mil años trae sudorosa y jadeante a la humanidad, empeñada en dominar o vencer las distancias por todos los medios concebibles, desde el pródigo camello o la pesada yunta hasta el audaz aeroplano que anhela remontarse al empíreo; el espacio, que tantas veces nos separa de nuestros seres predilectos, del dulce rincón en que nacimos, del hogar de nuestros padres, de las maravillas de la naturaleza o del arte, de tantas cosas con que soñamos suspirando, sin esperanza de verlas nunca; vencido el tiempo, aquel

que deslizándose inaprehensible e irreparable quiere devolvernos a nuestra «antigua nada,» y nos deforma y marchita, y agosta en flor todas nuestras ilusiones; aquel que roe las bases de todos los imperios y de todas las instituciones, y por quien la vida del hombre es un perpetuo gemir sobre las ruinas. Trescientos millones de hombres asisten hoy, a una misma hora, al sepulcro del altísimo poeta, donde le ven aparecer, como cumple a quien, después de haber cruzado

Per tutti i cerchi del dolente regno

regresa de ultramundo de contemplar

L'alto trionfo del regno verace,

con aspecto melancólico y pensativo, los ojos grandes, la mirada profunda, enjuto el cuerpo, el semblante demacrado por la meditación y los dolores, y en todo

Mostrando la severa compostura
Que sólo en almas superiores cabe:

Prestando majestad a su figura
El lauro de oro en la anchurosa frente
Y la talar y roja vestidura;

.....
Rasgando con su vista soberana
La densa oscuridad, como avezado
A penetrar en la conciencia humana
Y a ver hasta en el pecho más cerrado
La insomne incertidumbre del delito
Y la muda vergüenza del pecado;
.....

De boca reprimida, extraña al gozo,
Como empeñada en detener el paso
A justa maldición y hondo sollozo;

De aguileña nariz, de rostro raso
Y enjuto, de mirada penetrante
Como una espada y tan temida acaso,

según nos lo ha descrito un gran poeta de nuestra lengua,

digno de comprenderlo e interpretarlo. Así lo vemos nosotros destacarse de esta losa de mármol: como lo veían las doncellas y los niños de Verona, que reparando en su barba y cabellos crespos y curtido rostro, y creyéndolos chamuscados por el fuego y el humo de allá abajo, cuchicheaban mostrándolo con el dedo: *Mirad, éste es el hombre que vuelve del infierno*. Así lo representan la tradición y el arte, empeñados en mantenerlo más y más vivo: prófugo del mundo, buscando anheloso *la paz, la paz tanto tiempo suspirada*, absorto en la tristeza de quien sabe por larga experiencia

come sa di sale

Lo pane altrui e com' è duro calle

Lo scendere e il salir per l'altrui scale:

llevando enrollado entre las manos el *poema sacro en que han puesto mano cielo y tierra y que por tantos años lo ha enflaquecido*; aislado y taciturno en su encubrimiento doloroso, como el cóndor andino en la braveza montaraz de su peñasco solitario.

Ahí está DANTE ALIGHIERI. ¿Y en qué consiste la grandeza singular de este hombre que sin cetro, ni espada ni cátedra, así se sobrevive y se impone a la admiración de los tiempos, y, después que ha caído sobre su sepulcro el polvo de seis centurias, se incorpora en él, coronado con el laurel resplandeciente, y recibe como si fuera un rey los homenajes de tantas naciones? ¿Por qué la inmensa popularidad de este hosco e inaccesible personaje de la Edad Media? Su idioma conciso y arcaico, sus símbolos misteriosos, sus intrincadas alusiones no están al alcance sino de pocos. Ciertamente; pero el jugo de sus pensamientos y las fórmulas imaginativas, fórmulas imperecederas, en que está vertido, son el néctar de los espíritus selectos; su obra es el sondeo luminoso de todos los abismos del alma, es la radioscopia

del corazón, es el estudio en formas palpitantes de todos los grandes problemas de la conciencia humana y su solución definitiva y refulgente de amor, de sabiduría y de hermosura. ¿Y qué persona medianamente culta no sabe cómo allá en lo oscuro de otros siglos hubo un hombre harto audaz que se aventuró a penetrar en vida por los reinos ultramundanos y arrebatarles sus secretos de dolor sombrío sin esperanza, de esperanza sollozante en la penumbra de la expiación, de gloria en flor eterna, en rosa de perpetua lumbre? ¿Quién no halla la sugestión simbólica de la selva oscura, aquella selva en que todos entramos

En mitad del camino de la vida;

y de las tres espantables fieras que salen a estorbar al hombre el ascenso por el collado salvador,

il diletto monte

Ch'è principio e cagion di tutta gioia;

y de aquel poeta Virgilio, *honor y lumbre* de los otros, amigo y sabio guía de la juventud, que enseña deleitando y predispone el ánimo a la operación de la divina gracia; y, por fin, de aquel mensaje del cielo que en nombre de un castísimo y dulce amor de adolescencia, amor en eterna juventud y eterna fragancia, retira al descuidado y somnolento peregrino de las sendas de la perdición y lo conduce, primero por entre los tormentos infernales y después por en medio del dolor purificante, hasta la altura donde ya la fantasía es impotente, donde impera soberano aquel

Amor que el sol y las estrellas mueve?

¿Qué alma soñadora no adivinó en Beatriz el símbolo del amor ideal,

Amor más poderoso que la muerte,

que depura y levanta a mansiones de beatitud angélica? ¿Quién no sabe la tremenda fórmula de la eterna

desesperanza, escrita sobre la entrada de la ciudad doliente? ¿Quién no recuerda a Dante cuando compara las pesadumbres de su presente con las breves alegrías de su pasado? Si según la sentencia de Pope *el estudio más propio del hombre es el hombre mismo*, no puede haber libro más interesante que esta *Comedia* en que se compendia y expone la más eficaz y penetrante psicología, y de la cual se dice poco al decir que es el poema de la humanidad, que es el universo en rima: su título justo es el que le dieron sus coetáneos, o el que le dio el poeta mismo, muy a sabiendas de su inspiración casi divina:

Poema sacro

Al quale ha posto mano e cielo e terra.

Ahí está la razón de esta popularidad inmensa, de este linaje de ubicuidad con que Dante impera a través de los siglos y recibe pleitesía de todas las naciones. ¡Formidable poder el de las ideas! Y aun habrá quien se atreva a negar su influjo?

Si no lo entiendo mal, de modo parecido a lo que sucede con la gracia en el orden de las cosas sobrenaturales, en el natural lo que llamamos genio es una singular participación en la vida divina, una comunicación excepcional que de sí hace Dios a ciertos hombres, para fines muy dignos de su providencia; y cuanto más procura el hombre allegarse a la Divinidad y asimilarse a ella, más participa en lo posible de los divinos, atributos y propiedades, como son, la eternidad y la ubicuidad: consideración que a ser justa, como me parece, abundaría en conclusiones especulativas y prácticas.

El genio es la gracia del orden natural. Los que llamamos genios son hombres-antorchas, que, *dando más alta muestra de su creador espíritu*, enciende Dios de trecho en trecho en el tenebroso tránsito de la humanidad para conducirla a sus destinos. Cada uno de

ellos, llámese Homero, o Platón, o Arquímedes, o Julio César, o Dante, o Miguel Angel o Cervantes, destella con su luz característica en el punto y hora determinados, por el designio omnipotente; cada uno ejecuta como por espontáneo movimiento su obra providencial; cada uno lanza a la corriente de la humanidad, marcándola con el cuño de superior inspiración, la fórmula civilizadora que le corresponde, y que por virtud del tacto divino es imperecedera. Pero la de Dante Alighieri es singularmente comprensiva y fecunda; es la más original y poderosa síntesis a que ha llegado jamás la mente humana; y por eso la gloria de su autor es única en la historia. El poema de Dante lo abarca todo: ábrese con la palabra de la justicia omnipotente

Giustizia mosse il mio alto Fattore,

y se cierra con la del omnipotente amor,

L'amor che muove il sole e l'altre stelle:

y dentro de esos polos giran con soberana majestad el cielo y la tierra. Es la *Divina Comedia* un como Amazonas del entendimiento, que recoge dentro del anchuroso cauce de la filosofía escolástica todos los raudales de la sabiduría antigua y de la coetánea, todos los afluentes de la tradición y de la leyenda, toda la fe, toda la emoción, toda la ciencia, todo el arte, y con esa masa gigantesca se lanza y rinde tributo al océano, siempre vivo, ebullidor y fecundante del dogma católico; es también como uno de esos colosos de nuestras cordilleras, como ese nuestro soberbio Tolima, que, asentadas las bases en la ardiente llanura al nivel del mar, hunde la frente en las nubes coronada de nieve perpetua nutricia de inúmeros torrentes, y en toda la extensión de sus cuevas alimenta vegetales de todos los climas, desde el airoso cocotero de las playas hasta el

rastrero liquen de los páramos. La fe, el amor, el dolor, son las estrellas que iluminan y dan incomparables iridaciones de crepúsculo a este gigante. El Alighieri es un ejemplar magnífico, ejemplar sin segundo, de la humanidad; por eso a este hijo de Italia, ornamento del alma Italia, la madre de Tomás de Aquino y de Miguel Ángel, lo miran como gloria suya todas las naciones. Fue Dante, al fin como genio predestinado, como lámpara encendida en el punto de tránsito entre dos edades, inmenso en sus concepciones, inmenso en sus sentimientos, inmenso en su obra. Alma tan grande no podía vivir sino sedienta de Dios, con esa

Sed de Dios que aquel agua sólo sacia
Que de Samaria la mujer pedía
Cuando ante el pozo demandó la gracia.

Fue teólogo y filósofo y orador tan grande que llegó a tener mayor fama como tal, que como poeta, y que pudo llamársele

Theologus Dantes, nullius dogmatis expers.

Amó desde la niñez, como no ha amado ningún hombre; con un amor que mezcla el arrebató de la pasión humana con la pureza del éxtasis angélico: e hizo de la mujer a quien amó el símbolo imperecedero del amor ideal, la personificación de la sabiduría y de la plegaria intercesora. Sintió las acometidas de la indignación y del odio tempestuoso; y a los hombres a quienes la braveza de la pasión le hizo ver como enemigos de la justicia o enemigos suyos los condenó al infierno. Sintió con hondísima ternura, con la ternura de su patrono y maestro queridísimo San Francisco, los primores y encantos de la naturaleza, y supo celebrarlos con regalados acentos. Tuvo un poeta favorito y le demostró su afecto entrañable haciéndolo

duca, signore e maestro

en el gran viaje de ultramundo. La fe, el amor y el dolor, los grandes motores, llenaron y explican su vida entera. Todos los sentimientos humanos vibraron en su alma con nunca igualada energía; y de tal modo que las vibraciones de esa alma necesitaron nada menos que un poema. Dio expresión definitiva a las más trascendentales ideas y a las emociones más profundas en estrofas de concisión desesperante, densas de sentimiento, grávidas de sentido, rebosantes de espíritu. Su poema es un prodigio de arquitectura y de armonía:

*This poem of the earth and air,
This mediaeval miracle of song,*

le ha llamado Longfellow, su insigne admirador e intérprete. Y esa soberbia catedral gótica remata, como todas las de la Edad Media, con la imagen suplicante de María, la soberana intercesora,

*Vergine madre, figlia del suo figlio,
Umile ed alta più che creatura,
Termine fisso d'eterno consiglio.*

Rafael representó a Dante entre los doctores del sacrosanto dogma eucarístico; los mayores artistas han reproducido a porfia sus figuras; una legión de eruditos y sabios, desde Bocaccio y Benvenuto de Imbola hasta Carlyle, Macaulay, Ozanam y Longfellow, y de ellos hasta los incontables de estos últimos días, comentan sus libros y desentrañan la doctrina de ese venero inagotable; forman su cortejo de honor poetas como Alfieri, Byron, Leopardi, Pellico, Zannella y Núñez de Arce.

¿Podía la noble Colombia, la intelectual, la idealista, la católica Colombia, faltar en el concierto de homenajes al gran genio latino, al emperador de los poetas y de los artistas? La ciudad de Bogotá, la que ha visto reunidos en su seno a Vergara y Vergara, Cuervo, Caro, Pombo, Ortiz, Mallarino, Marroquín, Fallon, Núñez, González

Manrique, Caycedo Rojas, Carrasquilla y otros ingenios parecidos a éstos, fiel a sus tradiciones de cultura y gentileza aspira a levantar dentro de su circuito, y Dios mediante lo levantará por suscripción nacional, aunque ninguna ley lo decreta, como Colombia lo quería y hubiera cuadrado al nombre de la República, un monumento al poeta soberano, al poeta teólogo, al amante de Beatriz; y mientras lo ejecuta coloca una losa conmemorativa en esta casa edificada para hogar de la intelectualidad colombiana. El señor y dueño de casa en ésta que pertenece a la Academia de la lengua de Castilla, es el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra, espejo de la caballería y de la caballerosidad y fino amante de Italia, donde sirvió como buen soldado y a quien debió, como los demás grandes poetas de nuestro parnaso, mucho de su cultura literaria.

Hermanas son, y muy parecidas en belleza, donaire y suavidad de voz, la lengua del Dante y la de Cervantes, y ellos dos muy cercanos parientes en la familia del genio. Es, pues, don Miguel de Cervantes quien franquea el salón de su casa para que en él se instale este trono de mármol; y él mismo quien escribe en su pedestal estas «palabras breves y significantes» que una ley debiera haber dicho:

COLOMBIA A DANTE ALIGHIERI

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Académico de número.

Bogotá, 14 de septiembre de 1921.